

totalizadora, reciben aquí un tratamiento serio, amoroso y no *beato*, en el sentido de que se asumen por igual sus posibles limitaciones e incongruencias y su inmenso valor «agónico» (de lucha) en el plano de la tradición quijotesca, mística, y en la inobjetable unidad de la España diversa.

Eduardo Tijeras

Escritores a fondo*

Al ya desaparecido programa de televisión *A fondo*, el periodista Joaquín Soler Serrano, trajo personalidades del mundo de la ciencia, la política y especialmente de la cultura. La literatura ocupó lugar destacado y es así como Soler hizo de la entrevista una especie de cátedra amena al alcance del entender popular. Conversaciones donde la erudición apenas es bosquejada y la documentación sólo sirve de pauta para que sea el personaje el que cuente su vida y obra al público. Óptimo modo para que escritor y lector entren en contacto aunque sea a través de la pequeña pantalla. Después, al íntimo contacto del libro, el lector no sentirá a su autor como un ser irreal y lejano.

Soler Serrano trae en este volumen una selección, por países, empezando por casa, España, y haciendo un recorrido por buena parte de la geografía y bibliografía hispanoamericana.

El primer personaje en aparecer en pantalla fue Camilo José Cela. Un Cela siempre puntilloso, directo y hasta mordaz, que se confiesa honesto, «intentando pasar por este valle de lágrimas procurando hacer la puñeta a la menor gente posible». Pocos aspectos de la vida de Cela se revelan en la entrevista pues de él se ha dicho casi todo y a lo largo de la conversación se pasa un poco revista a lo ya dicho; las diversas actividades del autor, al margen de escribir y las cosas que le faltan por hacer como ganar la vuelta ciclista a Francia o que le nombren Miss Europa... Más en serio se toma las preguntas verdaderamente serias cuando el periodista alude al Premio Cervantes e incluso al Nobel. Simplemente no contesta, como si no supiera, y se escapa por otra serie de chasca-

* Joaquín Soler Serrano, *Escritores a fondo*. Editorial Planeta. Barcelona, 1986.

rrillos y anécdotas, tomando él el rumbo de la entrevista y dando fe de ése Cela imposible de entrevistar de una forma racional y técnica. Con Cela el periodista lo único que puede hacer es hurgar en el tema y dejar que el personaje se explaye y olvidarse del cuestionario.

De semejante desparpajo mundano pasamos a la sobriedad castellana y clásica de Miguel Delibes, segundo en la lista de los españoles de *A fondo*. Con Delibes los temas son temas, profundiza en ellos, quedando la pregunta como mero título de toda una exposición: lo que debe ser. El apellido Delibes, procedente de Francia, es tan raro allá como en España de donde vino el abuelo del escritor a tender unas líneas ferroviarias entre Reinosa y Santander. Delibes no sólo habla de su apellido sino de sus comienzos, de ese Nadal que ganó y al que nadie sabía que se había presentado, salvo su mujer; de la vocación literaria escogida al azar iniciándose como caricaturista en *El Norte de Castilla*; después el redactor que vio que escribir no se le daba nada mal y decidió hacer una novela. Obra que andando el tiempo se ha venido a catalogar de novela existencialista española, acaso la primera, abriendo así puerta a un género no demasiado cultivado en nuestro entorno. La gran pasión de Delibes por la caza es despachada cómodamente por el vallisoletano, aludiendo que así como nos comemos vacas y cerdos, por qué conejos y liebres no pueden servir para lo mismo, siendo la muerte de un tiro limpio un modo hasta humano de acabar con ellos.

José María Gironella, el escritor que elevó a la cima de la industria editorial a José Manuel Lara con su novela *Los Cipreses creen en Dios*, primero de la trilogía que completan *Un millón de muertos* y *Ha estallado la paz*, es un convencido de que un asesino es un muerto espiritual. El solo hecho de derramar la sangre del semejante mata moralmente al autor, encontrándonos que en la guerra civil española hubo un millón de muertos... se calcula, en términos reales, la cifra de medio millón de occisos en la fatal contienda, pero Gironella en sus cálculos lo dobla a tenor de su creencia en la muerte espiritual. Gironella se sentía la *vedette* de turno en el café de su ciudad natal, Gerona, y no pudiendo vivir más en semejante urna de cristal decide viajar a París a enriquecerse... literariamente. Se da cuenta que escribir libros en mes y medio es una locura, y siguiendo el consejo de un traductor francés, se propone hacerlo en tres años y así es como nació *Los cipreses...* Sufre un exceso de vanidad cuando le conceden el Nadal, paseando orgulloso su nombre por Barcelona y Gerona hasta que la vida le enseña que no es nada, y sobre todo en París, cuando se siente como un pigmeo intelectual. De pigmeo, y después de mucho tiempo, se encuentra en Jerusalén donde siente la presencia de Jesús casi palpable.

No hace mucho tiempo Gonzalo Torrente Ballester destapó el tarro de las polémicas cuando se dijo que a *Cien años de soledad* le sobraban cien páginas. Pero no se dijo todo lo que expresó Torrente en su momento y fue aludiendo a su obra *La saga/fuga de J. B.*, cuando decía que si alguna semejanza había entre su libro y el de García Márquez, era precisamente que a ambos les sobraban cien páginas. Polémicas aparte, la entrevista con Torrente se basa en temas importantes, los que sirven de fuente a su quehacer literario. Galicia como arquetipo; todo lo gallego: sus gentes y paisajes que parecen salirse de las páginas y que adquieren esa validez plástica que por su justicia han recalado en el medio más idóneo que es el cine. Personajes como los mendigos de los

que el narrador dice que son extraordinarios narradores y que despertaron su imaginación. No es de extrañar la capacidad de fábula del hombre que tiene que ganarse la vida con el cuento y más en un país como Galicia donde la naturaleza y las tradiciones son ya marco apropiado para el ingenio y la épica. Torrente Ballester se resiente por lo que él llama éxito tardío, un reconocimiento a gran escala que ha llegado cuando tenía que ser, pero que parece ser el destino de la inmensa mayoría de los escritores a todo lo largo del planeta. Destino que Torrente piensa mejorar, cuando a la hora de jubilarse, se marche a descansar y escribir en Mallorca.

La larga serie de escritores hispanoamericanos empieza con los argentinos, con Borges, concretamente. Con ese Borges al que más de una vez la ligereza y la crítica fácil han tildado de más inglés que argentino; el escritor habla de su país con un conocimiento extenso y profundo. También de sus orígenes españoles que le conectan con Juan de Garay y con Cabrera, el fundador de la ciudad de Córdoba. De su dilatada cultura que riza el tizo al extraer toda una obra de la obra de la humanidad entera, habla de su amistad con Cervantes y de la admiración que se puede sentir por Quevedo aunque sea imposible hacer migas con él. Borges sorprendió al periodista ya que Soler Serrano estaba verdaderamente preocupado, inquietud que le venía de la mala prensa que tenía el autor porteño: uraño, excéntrico, inabordable. Nada de eso. Aquello fue una conversación de amigos que rebasó con creces los sesenta minutos pensados en principio. En lo que sí es fiel Borges, y desde el principio, es en su veneración por Cansinos Assens al que llama, sin ambages, su maestro. De Borges decía Cansinos que tenía un estilo numismático a lo que el poeta responde con una queja y es la lamentación por no saber hacer monedas. Tampoco se olvidó de fustigar a Baltasar Gracián, como siempre, no perdonándole su desafortunada metáfora de comparar a las estrellas con gallinas celestiales. El anarquista utópico que se ha confesado desde siempre recomienda una fórmula ideal para ser feliz: no tener gobierno. Definitivamente lo del maestro Borges fue la poesía.

Julio Cortázar acudió al programa después de una rocambolesca caza y captura por parte del equipo de *A fondo*. Y es que Cortázar viajaba por medio mundo al tiempo que plasmaba su obra, y aunque el hombre se escapara como de sí mismo la epopeya le seguía cual halo mágico, pues los dos, epopeya y hombre, eran un solo ser. Profesor universitario sin título de ninguna universidad por una serie de azares, Cortázar tiene una juventud que ya empezaba a estar marcada por la trashumancia. Nacido en Bruselas de padres argentinos, la educación francesa le dejó una «r» gutural que arrastraría para siempre y es precisamente su conocimiento del francés y de la literatura gala lo que le hará tener diversos puestos ya como profesor o como traductor. Cortázar, maestro de la cuentística, confiesa haber trabajado muchísimo al escribir *Rayuela* su novela más voluminosa y la que en cierto sentido ha costado más de digerir por el gran público. No cree que sea una antinovela dado lo negativo del término; sería una tentativa de negar a la novela como género. Lo que Cortázar se propuso como ejercicio en *Rayuela*, es buscar nuevas posibilidades novelescas ya que es un género que admite la experimentación. De otra forma se convertiría en un arte anquilosado, con unos corsés fijos, axiomáticos. Cortázar buscó en *Rayuela* lo que ya muchos autores han hecho y es la búsque-

da incansable del lector cómplice. Críptica aspiración que, no por difícil, deja de ser infructuosa.

A Manuel Mujica Láinez fue imposible convencerle de la correcta acentuación de sus dos apellidos euskaldunes: Mújica y Laínez. Prefirió seguir con la hispanoamericana terquedad de acentuar o escribir apellidos como nos da la gana y hasta de inventarles otros orígenes etimológicos. No obstante la conversación con este escritor es amena y no deja tema sin analizar profundamente: sus principios literarios, sus costumbres en las que hay una extensa predilección por las colecciones. El espectador, el lector en este caso, va quedándose con la idea que da título a la reseña de la entrevista de que Mujica Láinez es un viejo hidalgo virreinal. Y es que en todo él hay lo que se puede encontrar en tantos hispanoamericanos y es esa nostalgia por España. Nostalgia que tiene diversas dimensiones y matices. En Mujica es la hidalga, la señorial y tampoco es de extrañar. En su genealogía hay personajes que fundaron la Argentina en todos sus aspectos y el escritor es hoy (cuando vivía, por supuesto) lo que en el país del Plata se conoce como un patricio. Al autor de *Bomarzo* le tocó por destino ser depositario de tradiciones y nostalgias.

En Ernesto Sábato se encuentra uno de esos casos atípicos cuando la excepción confirma la regla. Siempre se ha dicho que el escritor es el ser más alejado de la ciencia y de las disciplinas exactas. Sábato se inicia en la vida como matemático, pues dicho estudio le daba paz. Es el mundo platónico puro, a decir del mismo escritor, un orden que se necesita en medio del caos. También hizo pinitos en el campo de la astronomía aunque reconoce que los astrónomos son neuróticos, seres extraños que miran a las estrellas porque la tierra no les sirve, no les alcanza. Y a Sábato le alcanza, tanto para afirmar tenazmente que la democracia es el único régimen que mantiene vivas y libres a las personas que quieren mejorarlo. Sábato se confiesa de un comportamiento anárquico y dice de los anarquistas que ha conocido que son seres pacíficos, incapaces de matar una mosca. Su militancia la debe al integrarse en los antifascistas españoles que llegaron a Argentina exiliados de la guerra civil. Ha discrepado siempre de hombres como Ernesto Guevara; pero, no obstante, ante seres así hay que ponerse de pie. Quien sí le decepcionó fue Perón a quien acusa de haber abandonado al pueblo, de incluso traicionarse a sí mismo. Eva no. Eva fue una mujer excepcional, de gran coraje, quien tenía todos los atributos que le faltaron a su marido; ella hizo la revolución y puso a los obreros a vivir de una forma digna que no tuvo parangón en los avances sociales de su tiempo. Sábato se ha convertido para la juventud de su país en una especie de patriarca a quien le escribe cartas comentándole los más variados temas, como el de una muchacha que buscaba consuelo en él porque su novio la había abandonado.

A los escritores colombianos les pesa demasiado el síndrome García Márquez. Es un monstruo con el que no pueden. Y no es por su culpa. Es tanto el impacto de *Cien años de soledad* y en el mundo hay la creencia de que en Colombia la única persona capaz de escribir es García Márquez. Para nada se habla de figuras tan señeras en la literatura hispanoamericana como Jorge Isaacs, José Asunción Silva, Eustasio Rivera, Eduardo Carranza, Plinio Mendoza y un largo etcétera que han marcado hitos en la narrativa de nuestro idioma e incluso a nivel universal, como es el caso del pre-modernista Silva. Algo por el estilo ocurre con Héctor Rojas Herazo, poeta, novelista y pintor, al-